

La muerte feliz de William Carlos Williams*

Nueva York en 1882 era una piedra imán de carnes. Venían de ciudades miserables, de islas con ruinas asilvestradas, de llanuras verdes infinitas donde el ganado se humanizaba y las mujeres olvidaban el timbre de sus propias voces, de ciudades tan inaccesibles, que no habían cambiado desde que los alienígenas visitaron el planeta en tiempos de Quetzalcoatl (al menos eso aseguraba el Dr. Henna, amigo de la familia, cuando Raquel llevaba al niño Carlos a su consultorio). Los migrantes arrastraban sus carnes —esas que cargamos sin remedio—, el recuerdo de sus muertos y más: la marca genética de muertos lejanos y desconocidos en ese rinconcito del cuerpo donde permanecen. No hubo lugar más favorable para un reencuentro con algo que se desconoce y que tal vez ni siquiera existe (o sí, pero su atropellado recuerdo sería peligroso) que la ciudad donde se echaban en la olla las identidades como piltrafas cortadas.

Aunque en 1882 Nueva York parecía un disparate sin antecedentes en la historia de las ciudades, era el campo de una guerra contra los muertos, reducidos al anonimato de una viuda en traje de domingo, sin nombre ni referencias, metida en una foto que luego se vendía, ya marchita, en algún bazar de iglesia o librería de viejo. O de un muchachito rudo que pudo haber nacido en Turzansk o en Smolnik, recortado para siempre de su cuerpo y sus contextos en una cartulina apolillada. La ciudad apostaba a la tachadura del pasado, pero los muertos no se replegaban mansamente. El espiritismo prosperaba allí donde se cortó el cordón umbilical de los espíritus. Lo cercenaron miles de kilómetros de vías férreas que recorrían territorios al parecer interminables dándole una velocidad nueva al cuerpo humano para que se acercara no tanto a la luz, sino al espejismo del trabajo. Dinero y tiempo se hicieron equivalentes. Un faraón le dedicaba la vida

* Capítulo doce de la novela *homónima*, Cayey, Sopa de Letras, 2015.

a la construcción de su pirámide. Los *robber barons* multiplicaron su capacidad devastadora apropiándose de la fuerza brutal de la velocidad. Aquella fórmula del capital equivalía a la cantidad de cuerpos devorados multiplicada por la rapidez del banquete.

En 1848, en Rochester, no muy lejos de Rutherford, nació el movimiento espiritista anglosajón. La nación que no tardaría en ahogarse en su propia sangre, en una guerra civil que dejó un millón de muertos, engendró un ejército incorpóreo adverso a la fórmula del capital. Los espiritistas fueron ángeles retrovidentes de la historia, aunque la gran historia no los reconozca.

En la ciudad de Nueva York, en la mansión del jefe Tweed, un político que se hizo millonario parasitando el presupuesto de obras públicas, trabajaba una cocinera puertorriqueña. La mujer llegó a Manhattan en persecución de un amante que la había abandonado en la isla. En Nueva York volvieron a juntarse, fueron infelices y el hombre dejó sus huesos en el flamante cementerio de Green Wood en Brooklyn, uno de los primeros inquilinos de aquella necrópolis boscosa. La mujer decidió quedarse. Algo vio en ella el jefe Tweed, cacique de irlandeses y polacos. Les buscaba vivienda y trabajo a cambio de una lealtad absoluta, dispuesta a degollar a los enemigos del jefe. Tweed la descubrió sentada junto a un brasero en el agujero negro de Hell's Kitchen y le preguntó si sabía cocinar. Ella le dio a probar un guiso de mejillones y él le apuntó su dirección en un papelito. Ella sabía leer por arte y gracia de una beata de su pueblo. No tardó en imponerse ante la mirada suspicaz de la mujer del jefe, que solo le pidió que se recogiera el pelo y se lavara las manos. El jefe bajaba a la cocina de vez en cuando para insistir en que quien come del altar debe servir al altar y pedirle a Hipólita, llamémosla así, un tazón de su caldo despierta muertos. Hipólita, que tenía facultades, le vio antes que nadie el aura del derrotado. El jefe Tweed murió en la cárcel. Que su espíritu ronde aún la ciudad que fue la más veloz del mundo es incierto, pero casi seguro, por el fervor que puso en servir a Satanás y a la carne. Hipólita ya no aparecerá más en esta historia. Sabía que los sitios donde se juntan los hilos de muchas vidas los conservan; antes, en su isla, se conservaban los ombligos de los recién nacidos. Solo que Nueva York infunde la ilusión de que el cuerpo que arrastramos es solo propiedad privada nuestra, por libre decisión jubilosa, aunque para tomar posesión de él tengamos que cumplir años de servidumbre.

En París los espíritus rondaban a los encarnados. Nueva York expulsaba espíritus. Las noches se llenaban de la luz que borra el lugar del espectro. Sin embargo, es una ciudad de iglesias, dice Raquel de pronto, alzándose en la cama, con el asombro de una viuda que acaba de cobrar conciencia de que nunca llegó a conocer realmente a su marido.

Nada de esto piensa la mujer que en junio de 1882 llega a Nueva York, oliéndole las exhalaciones a su futura suegra, Emily Dickinson Wellcome y a los hijos de esta, Irving y Godwin, en un barco que surcó el Atlántico desde las Antillas hasta el puerto del río Hudson. El barco penetró un estrecho custodiado por un fuerte militar con bandera enarbolada. Entre fumarolas de refinerías de petróleo, el canal se cruzaba con algún bosque obstinado en no desaparecer. Un aire festivo recibió la entrada del barco, acompañado de veleros y remolcadores. La felicidad

de ver a George a la distancia sin que la lejanía pudiera borrar su sonrisa nueva. De dónde sacó la caja de dientes, de dónde el sombrero de corona alta y ala ancha. George incrustado en el telón de fondo de la muchedumbre que agita pañuelos y sombreros. Qué alegres son las bienvenidas, cuántas más tendremos en la vida depende de la voluntad de celebrar las estrecheces cotidianas. Raquel es feliz, está cansada del viaje que ha durado semanas en altamar, con olas que dejaron de ser verdes para tornarse plomizas y el aire perfumado de vómitos. Por aquí debe estar el mar de los sargazos. Ahí se han hundido barcos.

Baja la pasarela agarrándose el sombrero. Es el lujo de su ajuar de parisina no prostituida, de muchacha pobre que ha sido asistente de Carolus-Duran y ayudante de médicos charlatanes. De novia de un inglés que no puede prescindir de las papas y la carne, aunque le cueste masticarla con una sucesión de dientes postizos y haya que cocinarla hasta convertirla en papilla.

George, con esa cara de quien parece preocupado anticipando inconvenientes por venir. O tragedias que pasaron en tiempos del pecado original, como todo lo que importa. Lo que vino después es repetición. George, que la besa en las mejillas después de abrazar a la madre y los hermanos. Ya antes la abrasó con la mirada, desde la primera fila de los hombres que esperan en el muelle. Pero en los rituales del beso ceremonial va siempre la madre primero. Después la novia, acercándola a sus ojos azules, a sus pestañas rubias. Lleva chaqueta marrón de tela gruesa con pañuelo en el bolsillo y un aire de seguridad chocante, al que ella se enfrenta sintiendo el asombro que causa una revelación en alguien que se ha tenido por inalterable. La besa con corrección. Expresa la intensidad de su amor tomándola del brazo con firmeza.

George alquila un coche de carga para transportar hasta el embarcadero de la calle Fulton los baúles con las pertenencias de su prometida y de los Wellcome, cosas que fuera de la órbita familiar carecerían de sentido. Son los objetos que viene acarreado Emily Wellcome desde que George tenía cinco años, cuando se embarcaron en Inglaterra y cruzaron el Atlántico por primera vez, mezclados con lo que la mujer guarda de ese otro piso de su vida, el matrimonio con el fotógrafo itinerante. A Inglaterra volvería en sus miradas al mar desde la costa de Long Island, donde insistirá en vivir sola, lejos del hijo que envejece y de la amargada Raquel, años más tarde, en las primeras décadas del siglo xx. Pero hoy la locura se alegra de pisar tierra firme. En el baúl de Emily Wellcome hay tanta validez como en los fondos de un museo donde una comunidad deposita objetos que juzga merecedores de conservarse. Cuanto pudo salvar de los restos del fotógrafo Wellcome en una caja sin adornos, todo menos sus cámaras, trípodes y placas vendidas cuando la viuda tuvo que abandonar St. Thomas y establecerse en Puerto Rico. Además de las blusas, las faldas remendadas y la ropa interior amarillenta, en juego con el humor de la mujer, hay daguerrotipos de familiares y el diario de apuntes donde el marido consignaba sus itinerarios. En ese diario se conserva alguna palabra suelta en caligrafía de mariposa, cuyos pliegues sugerían el vaivén de lo escuchado en aldeas de costa y barranco sobre las plantas curativas de las Antillas y las leyendas locales. Sus dos hijos –Irving y Godwin– comparten otro baúl.

El baúl de Raquel contiene sus bocetos, diplomas, medallas, el segundo par de botas y un camisón bordado a mano que, pensando en la noche de bodas, le había comprado a un comerciante amigo de su madre, un tendero de St. Thomas de paso por Puerto Plata. Ella le pagó con las monedas que le dio el general Luperón por pintar un retrato de doña Nicolasa Luperón, que fue madre y padre para el prócer. (Nicolasa era propietaria de un comercio en Puerto Plata, proclamación de independencia personal ante su hijo el presidente). En ese baúl, además de minúsculas prendas de ropa interior y un cepillo de carey que perteneció a Meline, debe haber una caja de pigmentos, pinceles, guantes, una mantilla, un par de peinetas y el retrato del abuelo paterno. Ese baúl posee las dimensiones de una vida, en dobleces alterados quién sabe en cuántas formas grotescas por los tumbos del oleaje en altamar.

Iremos a Brooklyn en transbordador, dice George, si hubieran tardado unas semanas más estrenarían una de las maravillas del mundo, pero por ahora no hay otra forma, entiéndelo, madre, sé que estás harta de viajar sobre agua.

El coche se acerca al embarcadero. Al fondo aparece una monstruosidad. Es el puente de Brooklyn y exhibe sus labores, semejante a una boca medio intervenida por el dentista. Hombres colgados de cables, pero parecen arañas, dice Raquel, evitando pisar las botas de leñador de George, inmensa estampa de John Bunyan. El hombre habla sobre el prodigio de ingeniería, alternando con expresiones de entusiasmo a propósito de su nuevo trabajo, la fuente de riquezas que dará para que prosperen en América, esta vez sí, los Wellcome y los Williams. Podrían mudarse de esta ciudad a un sitio más parecido a casa, con espacio para criar diez niños. Tendrán de inmediato al primero, no conviene esperar, no nos estamos poniendo jóvenes. Todo sin mirar a la madre y a los hermanos, hasta que la mirada de la madre le quema la nuca. George les guiña un ojo y añade: habrá cuartos de sobra para mamá, Irving y Godwin, y para todos los visitantes del mundo. Para tu familia, querida, para todos los Hoheb, los Hurrard, los Enríquez y los Monsanto de la tierra. Para los Hazel, los Lamb y los Dodd. Y los Jackson, los Robinson y los Moore de Puerto Plata.

Raquel lo mira sin reconocerlo, dónde está el muchacho tímido que la perseguía en Puerto Plata. Nunca ha visto a este hombrón de pecho henchido y paso fuerte, que además luce un reloj cebolla de números grandes y no parece sentirse incómodo con el cuadro familiar que acaba de asumir. Por más que se hayan puesto sus mejores prendas de vestir, Emily, Irving y Godwin sobresaldrían en cualquier lugar del mundo como encarnaciones de lo excéntrico.

En el transbordador George recita las estadísticas del puente: se calcula que cada día lo transitarán cien mil personas. La base que se hunde en el río es una mole de granito que pesa ciento veinte millones de libras, las torres se alzan ciento dieciocho pies sobre el nivel del mar. Habla con una expresión plácida, como si la cosa bárbara hubiera salido de su cabeza y aquella locura lo impresionara más que la proximidad de ella, la mujer de manos perfumadas con el agua de Florida que él le envió a Puerto Plata, la que se cubre la cara con el velo del sombrero, una mujer madura en cuerpo de niña. A las cifras sobre las toneladas de roca y la longitud de

cables, George añade un dato macabro: los hombres que han muerto en la construcción del puente. Tomó tres años llegar a la roca viva del fondo. Iban taladrando a razón de doce pulgadas por día. Los encerraban en unas recámaras de caucho, pero les pagaban bien, dos dólares diarios. Los muertos que no llegaban a cobrarlos les dejaban dos dólares a sus viudas y a sus madres, un consuelo mínimo, pero qué le vamos a hacer. Esta parte del informe pasaba por los labios de George sin matices. Las pérdidas humanas se equiparaban con la cantidad de ladrillos y cables. Cuando subían, los que no habían muerto de pánico en las profundidades se exponían a morir intoxicados por la decompresión súbita. Eran exploradores de las entrañas de este sitio que hasta hace muy poco permanecía en estado natural, como en el principio de los tiempos. ¿Cuántos? No se sabe. Habría que revisar los archivos de la compañía y no soy detective, mamá. Algunos siguen ahí, en el fondo. Lo más extraño es la suerte de los ingenieros que concibieron y ejecutaron la obra. Parece una novela llena de maldiciones. Imagínense, dice encendiendo un cigarro y convidando a sus hermanos, que el ingeniero principal, uno de los grandes del mundo, no recuerdo su nombre, pero a ti qué te importa querida. Nada tiene que ver con nosotros. En fin, mamá, déjame terminar. Godwin, no te tragues el humo, es tabaco fuerte muchacho. Fíjate en Irving, aprende. Aquí no, mamá, las mujeres no fuman en público. Decía que el ingeniero tuvo un accidente extraño. Una barcaza chocó con el muelle donde se encontraban por pura casualidad el hombre y sus ayudantes y le destrozó un pie. Un hombre viejo, más le hubiera valido quedarse en su casa leyendo a Shakespeare. Agarró un tétano mortal, sufrió una larga agonía. Era espiritista, un espiritista a la alemana. Jamás se me hubiera ocurrido que existieran espíritus en Alemania. Todos los espíritus vienen de allá, hijo, habló Emily, inhalando el humo azul del cigarro de Irving, de allá vienen, del frío, de la nieve. George sintió el apretón de la mano de Raquel en el brazo y no se desvió por el camino que señalaba Emily. Pues no sé mamá, pero el caso es que el hijo del ingeniero tetánico, qué horrenda muerte la de ese hombre, también era ingeniero. Se hizo cargo de la obra comenzada por el padre, pero antes de terminar sufrió un colapso nervioso. Huyó a Europa. Por medio de cablegramas y cartas supervisaba este desafío a las leyes de la naturaleza, y acaso a la voluntad de Dios, mientras convalecía en un sanatorio de los Alpes. En fin, que la existencia de este puente es un escándalo, pero en cierto sentido inevitable. La naturaleza rebelde a la larga se acomoda. Hay temperamentos histéricos e incluso femeninos en los hombres que se inclinan al ejercicio de las artes y las letras más que a las profesiones y oficios que la sociedad nos impone, dijo Irving, un comentario brotado de la nada, seguido de una laguna de silencio. George sacó el reloj cebolla del bolsillo del chaleco. Ha costado mucho esto que nos resultará normal algún día. Ahora pasear por el puente no deja de parecerme una imposibilidad. La primera vez que lo haga será una experiencia sobrecogedora, pero, estamos locos, estamos muertos, o estamos aquí. Si estamos aquí, esta quimera que percibimos es la realidad.

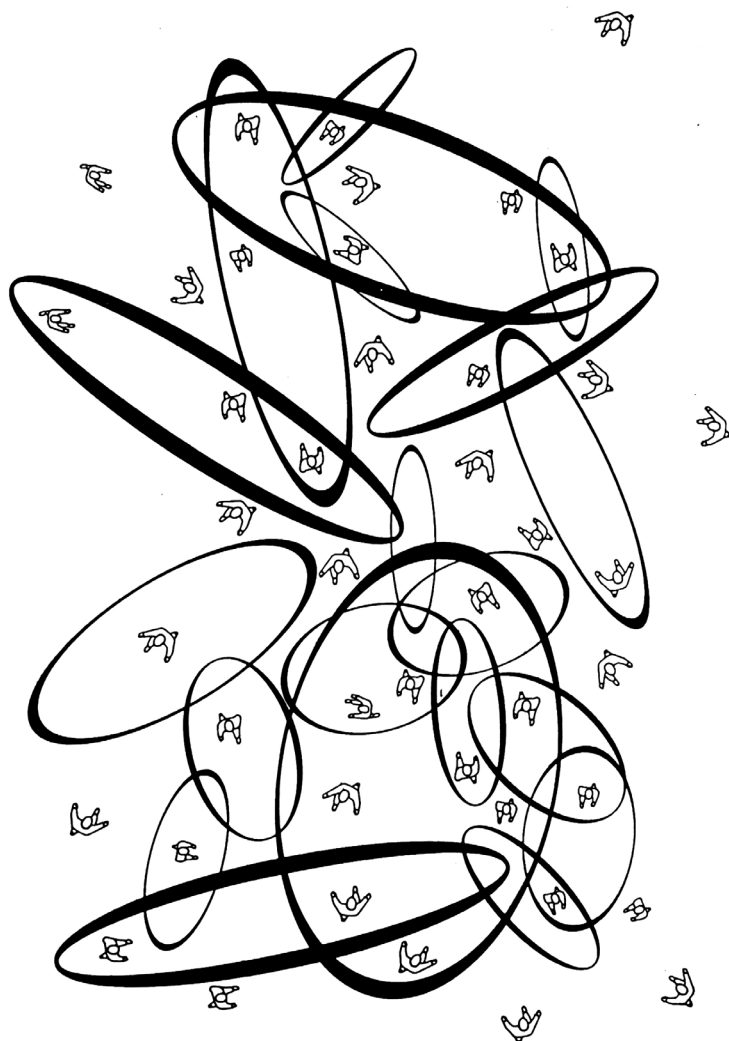
Raquel los ve: un hombre cargado de espaldas, paseándose por los remansos donde se toman las aguas, esqueletos mordidos por las rémoras, madres que no dejan de esperar a los hijos de

su vientre que tuvieron la mala suerte de nacer machos y la fatalidad de «hacer la América», hijos que aprenden en la calle a hacer el turno de la matanza. Los ve, pero se aferra con fuerza al brazo de George para que a ese chamaquito desnudo de pelo desteñado que los observa desde las olas que va formando el transbordador no le dé por seguirla y sumarle una lengua extraña a su cuadro espiritual. Ya, entró, por el sombrero, que se dé gusto con las flores secas, pero más vivas que él. Esas flores ya las contamos antes, con todo y adorno de quenepas.

A Raquel jamás se le ocurriría la metáfora que unos meses después concebirá el corresponsal de *La Nación* de Buenos Aires, José Martí: el puente de Brooklyn es un broche digno, un guión de hierro entre dos ciudades. Y no se le ocurriría porque sus hipérbolos no conciben odas a la ingeniería monumental. Su mundo es una fortaleza pequeña, asediada y firme. Raquel no lo sabe pero mientras ella piensa en conjuros para desprender de su sombrero al muerto que emergió de las aguas, a Martí, no tan lejos, en el plazo de unos meses, cuando se inaugure el puente, se le ocurrirá, con desaliñada imprecisión, que el puente se extiende entre dos pirámides egipcias adelgazadas. Como si realmente pudiera establecerse una comparación entre las pirámides y las dos torres con ojivas góticas del puente. Martí y Raquel vivieron en la misma ciudad sin imaginarse mutuamente, como vivieron en la misma ciudad Rimbaud y Raquel, el niño Marcel Proust y Raquel. Ella no se deja deslumbrar por la técnica porque sabe que para seguir arrastrando una parte de su cuerpo que siga siendo suya (ni de su madre ni de sus padres, aunque más cerca de Mayagüez que de Nueva York, ni de Emily, ni de Godwin, ni de Irving, ni siquiera de George, aunque el marido reclame derechos sobre el cuerpo oscuro donde echará su semilla e hincará las zapatas de su linaje), tiene que apelar (elevándolos a la suma y cierre de todos los conocimientos de ingeniería dignos de admiración) a los monstruos que vio en la Exposición Universal de París de 1878. Ahí cierra las compuertas del embeleso y abre las de la desconfianza. No interrumpe a George. No quiere que por la interrupción se le desboquen los nervios que le provoca ese muchacho de las cuencas de los ojos vacías, el espíritu del río que volvería a morirse por acostarse con ella.

Mi novia caminando, ni pensarlo, dice George. Cuando atraquemos en Brooklyn seguiremos en coche. No hay para champán, pero para un coche sí. Desde cubierta se ven los obreros que, sin saber bien lo que saldrá de sus cuerpos, ya avizoran la conclusión de las obras del puente. Al otro lado del río, rayado por la telaraña de los cables, punteado con hombres y mujeres vestidos de negro, Brooklyn se abre con la contundencia de un volumen de ilustraciones infernales. Ahí, dice George, está la imprenta de Appleton, donde se fabrican montañas de libros para la América española. Acá las refinerías de azúcar. La transportan cruda de las islas, de Curazao y de Guadalupe. La dejan blanca, polvo de diamante. Aquella es una refinería de cerveza. En total cinco mil fábricas. Jamás hubo un emporio comparable. Y se muerde los labios. Con gente como su madre y Godwin las palabras sobran. Pero cómo, dice Raquel, se puede vivir en una ciudad tan fea. George, que ya echaba de menos el genio vivo, responde que ella vivirá en el campo, en una ciudad pequeña con río cercano, igualito que en Mayagüez. Emily Wellcome

ríe su risa paciente. Irving piensa que hoy no hubiera sido sin el accidentado encuentro de la vieja con su padre el fotógrafo en Brooklyn, años atrás. Qué mucho ha cambiado esto, dice Emily, como si le entristeciera la inutilidad del tiempo congelado en su baúl, la imposibilidad de un reencuentro con aquella aldea perfumada por aguas limpias y flores silvestres. Godwin pregunta si habrá buena pesca en una quebrada que serpentea a lo lejos, detrás de las fachadas humeantes de las factorías. George intuye un bullicio en las cabezas que le toca organizar. Carraspea. Las fábricas son el carapacho. Detrás hay árboles y algunas casas con jardín. **C**



Del libro *Hombres*, 1987. Ediciones Licopodio, São Paulo y Buenos Aires, 1987. Dibujos impresos en fotocopiadora en blanco y negro. Ejemplar No. 40 de 200, primera edición.